

LA TUMBA DE LOS REYES. Traducción de algunos poemas de Anne Hébert

Miguel IBÁÑEZ RODRÍGUEZ

Profesor de la Facultad de Traducción e Interpretación de Soria

Recuerdo con nostalgia los ratos que pasé en el centro Georges Pompidou traduciendo algunos poemas de Anne Hébert, escritora canadiense por la que me sentía especialmente atraído por aquellas fechas. Era el curso 1986/87 y me encontraba en París trabajando en dos de sus institutos como lector de español.

Desde que me incorporé a la Facultad de Traducción e Interpretación de Soria me propuse buscar aquellas traducciones que hice por afición y que ahora me interesaban "por profesión". En repetidas ocasiones traté -sin éxito- de buscarlas entre mis papeles. Cuando creía que las había perdido definitivamente, a primeros de diciembre de 1998, buscando otra cosa, aparecieron. No pude evitar volver a sumergirme en la lectura de esos poemas que, tras algunos pequeños retoques, ven la luz en el segundo número de la revista Hermēneus. Así serán más los que puedan disfrutar de la belleza enigmática de los versos de Anne Hébert.

Se trata de la traducción de 12 poemas procedentes de *Le tombeau des rois*, recogidos en el libro titulado *Poèmes*, publicado por Éditions du Seuil en 1960. Se trata de uno de los muchos libros publicados por esta escritora canadiense en lengua francesa nacida en 1916 en Sainte-Catherine-de-Fossambault, cerca de Quebec.

Anne Hébert publicó su primera obra en 1942, una colección de poemas en Éditions de l'Arbre en Montréal bajo el título de *Les Songes en équilibre*. Desde entonces no ha dejado de publicar no sólo poesía sino también novelas teatro. Sus obras más recientes son: la novela *Aurélien, Clara, Mademoiselle et le Lieutenant anglais*, publicada en París en 1995 por Éditions du Seuil; *Poèmes pour la main gauche* en Les Éditions du Boréal en 1997 y su también novela *Est-ce que je te déranger?*, publicada en París por Éditions du Seuil en 1998.

A través de los 12 poemas traducidos, Anne Hébert nos presenta, desde un espacio cerrado (habitación, armario, bajo un puente...) en el que reina la soledad y la calma y amueblado por su memoria, su particular concepción de la muerte ("una vieja criada ciega", otras veces "una muchacha blanca de faldas espumosas").

Si hubiera que definir su poesía en pocas palabras podríamos decir que es sencillamente compleja.

La ausencia de comas es rasgo característico de los poemas originales y, por ello, lo mantenemos en la traducción.

I
La habitación de madera

Miel del tiempo
Sobre los muros resplandecientes
Techo de oro
Flores de los nudos
 corazones caprichosos de la madera

Habitación cerrada
Claro cofre donde se enmaraña mi infancia
Como un collar desenhebrado.

Duermo sobre dóciles hojas
El olor de los pinos es una vieja criada ciega
El canto del agua golpea mi sien
Pequeña vena azul rota
Todo el río atraviesa la memoria.

Me paseo
En un armario secreto.
La nieve, apenas un puñado,
Florece bajo una esfera de cristal
Como una corona de casada.
Dos leves penas
Se desenredan
Y retiran sus garras.

Voy a coser mi vestido con este hilo perdido.
Tengo zapatos azules
Y ojos de niño
Que no me pertenecen.
Es necesario vivir bien aquí
En este cuidado espacio.

Tengo víveres para la noche
Siempre que no me canse
De este constante canto de río
Siempre que esta criada temblorosa
No deje caer su carga de olores
De un solo golpe
Sin retorno.

No hay ni cerradura ni llave aquí
Estoy cercada de madera antigua.
Me gusta un pequeño candelabro verde.

El mediodía arde en las baldosas de plata
La plaza del mundo llamea como una fragua
La angustia me da sombra
Estoy desnuda y completamente negra bajo un árbol amargo.

II
Cada vez más estrecho

Esta mujer en su ventana
Los codos sobre el alféizar
El furor bermejo a su vera
Bello árbol de capuchinas sobre arenisca azul.

Ve pasar amargas comitivas
Y no se mueve
En todo el día
Por miedo a chocar con la muralla de silencio tras ella

Respiro helado sobre su nuca
Lugar sordo donde este hombre de sal
Sólo tiene el espacio
Entre esta mujer de espaldas y el muro
Para maldecir sus venas que se paran al tiempo que respira
Su lenta fría respiración inmóvil.

IV
Una pequeña muerte

Una pequeña muerte
se ha postrado atravesada en la puerta.

La hemos encontrado de madrugada, abatida en nuestro umbral
Como un helecho completamente helado.

Ya no osamos salir desde que está ahí
Es una muchacha blanca de faldas espumosas
De la que irradia una extraña noche lechosa.

Nos esforzamos por vivir en el interior
Sin hacer ruido
Barrer la habitación
Y ordenar el hastío
Dejar los gestos balancearse completamente solos
En el extremo de un hilo invisible
En nuestras mismas venas abiertas.

Llevamos una vida tan minúscula y tranquila
Que ni uno solo de nuestros lentos movimientos
Sobrepasa el reverso de este nítido espejo
Donde esta hermana que tenemos
Se baña azul bajo la luna
Mientras crece su olor embriagador.

V
Nuestras manos en el jardín

Hemos tenido esta idea
[La] de plantar nuestras manos en el jardín

Ramas de diez dedos
Pequeños árboles de huesos
Querido arriate.

Todo el día
Hemos esperado al pájaro pelirrojo
Y a las hojas frescas
En nuestras cuidadas uñas.

Ningún pájaro
Ninguna primavera
No han sido atrapados en la red de nuestros manos cortadas.

Por una sola flor
Una sola minúscula estrella de color
Un suelo vuelo de ala tranquila
Por una sola nota inmácula
Repetida tres veces.

Será necesaria la estación próxima
Y nuestras manos fundidas como el agua.

VI
Ciertamente hay alguien

Ciertamente hay alguien
Que me ha matado
Después se ha ido
De puntillas
Sin quebrar su danza perfecta.

Ha olvidado acostarme
Me ha dejado de pie
Completamente atada
En el camino
El corazón en su antiguo cofre
De igual modo las pupilas
En su más pura imagen de agua

Ha olvidado borrar la belleza del mundo
Alrededor mío
Ha olvidado cerrar mis ojos ávidos
Y permitido su pasión perdida

VII
El reverso del mundo

Nuestra fatiga nos ha roído por el corazón
A nosotras las muchachas azules del verano
Largos tallos suaves del más bello campo de perfumes.

Abandonadas a la fuerza
Levantar piedras en la corriente,
Devoradas por el sol
Y por sonrisas a flor de piel.

Ayer
Nos comimos las más tiernas hojas del sueño
Los sueños nos han acostado
En la cima del árbol de la noche.

Nuestra fatiga no se ha dormido
Inventa máscaras de seda
Guantes de angustia y sombreros agujereados
Para nuestro despertar y paseo al alba.
Resplandecen tras la vida nuestros pasos
Por el hábito y la paciencia.

En nuestras manos pintadas de sal
(Las líneas del destino están repletas de escarcha)
Tenemos extrañas pesadas cabezas de amantes
Que ya no nos pertenecen
Pesán y mueren entre nuestros dedos inocentes.

La voz del pájaro
Fuera de su corazón y de sus alas guardadas en otro lugar
Busca alocadamente la puerta de la memoria
Para vivir aún algunos instantes más.

Una de nosotras se decide
Y lentamente acerca su oído a la tierra
Como una caja sellada sonora de insectos
prisioneros
Dice: "La pradera está invadida de ruido
Ningún árbol de palabras deja crecer en él sus raíces
silenciosas
En el negro corazón de la noche.
Aquí está el reverso del mundo
¿Quién pues nos ha desterrado de esta orilla?"

Y busca en vano tras ella¹
Un perfume, el rastro de su tierna edad
Y encuentra este dulce barranco de hielo
a modo de memoria.

VIII Vida de castillo

Es un castillo de antepasados
Sin mesa ni fuego
Ni polvo ni tapiz.

El encantamiento perverso de estos lugares
Está todo en sus refinados espejos.

La única ocupación posible aquí
Consiste en mirarse día y noche.

Lanza tu imagen a las duras fuentes
Tu más dura imagen sin sombra ni color.

Mira, estos espejos son profundos
Como armarios
Siempre hay alguna muerte bajo el azogue
Y cubre rápidamente tu reflejo
Se pega a ti como un alga

Se adhiere a ti, delgado y desnudo,
Y simula al amor en un lento escalofrío amargo.

1 Se refiere a una de las dos protagonistas del poema.

IX
Rodar por barrancos de fatiga

Rodar por barrancos de fatiga
Sin fin
Sin retomar aliento
Atrapada en sus cabellos
Como en ramos de flores
El corazón al descubierto
Su cuello completamente desnudo
Agarrado como un pájaro loco

Vieja bodega familiar
Derruida
Caja de abedul blanco
Rota
Partida de dominó
Interrumpida
Dulce pecho reventado

Estrépito de marfil a media voz
Contra nuestra oreja llena de arena
Azul del cielo
Gran grito de la luz por encima nuestro.

X
Paisaje

Arrebujada en mi rabia
Como en un abrigo sarnoso
Duermo bajo un puente podrido
Verde grisáceo y dulce lila

Los dolores secos
Algas, oh mis bellas muertas
El amor transformado en sal
Y las manos para siempre perdidas.

Sobre las dos riberas humea mi infancia
Arena y fango pálida memoria
Que persigue el grito ronco
De pájaros imaginarios castigados por el viento.

XI
Un rumor de seda

Un rumor de seda más suave que el viento
Barrido de luz sobre un paisaje de agua.

El resplendor del mediodía borra tu figura ante mí.
Tiemblas y reluces como un espejo
Me ofreces el sol para beber
En tu propio rostro ausente.

Demasiada luz impide la visión;
 uno y otro antorcha blanca,
 gran vacío de mediodía
Buscarse a través del fuego y el agua
 ahumada.

Las especies del mundo se reducen a dos
Ni bestias ni flores ni nubes.
Bajo las pestañas un resplendor de ascuas canta a voz en grito.

Nuestros brazos extendidos nos sacan dos pasos de ventaja
Servidores ávidos y extraños

En este denso bosque de calor desplegado.
Lenta travesía.

Ciega reconozco bajo mi uña
 la pura columna de tu corazón erguido
Su dulzura que invento para dormir
La imagino tan justa que desfallezco.

Mis manos apartan al día como una cortina
La sombra de un único árbol despliega la noche a nuestros pies
Y descubre esta calma inmóvil distancia
Entre tus dedos de arena y mis manos completamente florecidas.

XII

La tumba de los reyes

Tengo mi corazón en las manos.
Como un halcón ciego.

El taciturno pájaro atrapado entre mis dedos
Lámpara henchida de vino y sangre,
Desciendo
Hacia las tumbas de los reyes
Sorprendida
Apenas nacida.

¿Qué hilo de Ariadna me conduce
A lo largo de los sordos dédalos?
El eco de los pasos se consume al tiempo.

(¿En qué sueño
Se ató a esta muchacha por el tobillo
Como si fuera una esclava fascinada?)

El hacedor del sueño
Tensa el hilo,
Y vienen los pasos desnudos
Uno a uno
Como las primeras gotas de lluvia
Al fondo del pozo.

Ya ondea el olor en densas tormentas
Chorrea bajo el umbral de las puertas
Hacia las habitaciones secretas y redondas,
Ahí donde están preparadas las camas cerradas.

El inmóvil deseo de los yacentes me atrae.
Miro con sorpresa
Incluso los negros osamentos
Resplandecer las azules piedras incrustadas.

Algunas escenas trágicas pacientemente trabajadas,
Sobre el pecho de los reyes, colocadas,
A modo de joyas
Me son presentadas
Sin lágrimas ni lamentos.

En una sola línea ordenados:
El humo del incienso, el pastel de arroz seco
Y mi cuerpo que tiembla:
Ofrenda ritual y sumisa.

La máscara de oro sobre mi rostro ausente
Unas flores violetas a modo de pupilas,
La sombra del amor me maquilla con pequeños trazos precisos;
Y este pájaro que tengo
Respira
Y se queja extrañamente.

Un largo escalofrío
Parecido al viento que se aferra, de árbol en árbol,
Agita a siete grandes faraones de ébano
En sus sarcófagos solemnes y ornamentados.

No es otra cosa que la profundidad de la muerte lo que persiste,
Simulando el último tormento
Buscando su apaciguamiento
Y su eternidad
En un ligero ruido de pulseras
Vanos círculos juegos por otra parte
Alrededor de la carne sacrificada.

Ávidos de la fuente fraternal del mal en mí
Me acuestan y me beben;
Siete veces, conozco el torno de los huesos
Y la mano seca que busca el corazón para romperlo.

Pálida y satisfecha de sueño horrible
Los miembros desenlazados
Y los muertos fuera de mí, asesinados,
¿Qué reflejo del amanecer se extravía aquí?
¿Por qué pues este pájaro tiembla
Y gira hacia la mañana
Sus pupilas reventadas?